

## CAPÍTULO 4

La luz del mediodía se cuela en el amplio dormitorio por donde puede: por los breves resquicios que dejan las persianas del salón, por la puerta entreabierta del baño, por la puerta abierta del salón. Luis ya está despierto. Lo sabe por el terrible dolor de cabeza que lo machaca cruelmente y el sabor amargo de la boca y la angustia que lo estrangula y esa tristeza que le persigue pero no quiere abrir los ojos porque también está el miedo, el miedo a ver lo que ya ha visto y conoce muy bien. Esas mujeres horribles charlando en la cabecera y la rata enorme que le mira desde los pies de la cama y los bichos que bajan y suben y corren y se arrastran maliciosos.

Estira la mano, buscando algún consuelo en el lecho, pero Axinia no está, no queda de ella ni el calor de su cuerpo. Se ha ido hace mucho, se siente más solo, vuelve a oír a esas mujeres que no callan parlotando. Una violenta arcada le asalta cuando se incorpora para sentarse en el borde de la cama, es como un profundo vértigo que le aturde y le acompaña mientras cruza, vacilante, la habitación con el suelo encebrado por la luz que se cuela entre las rendijas de la persiana.

En la cocina queda media botella de vodka tapón de rosca. El cuello libre que deja caer el líquido en un generoso vaso de agua. El aroma neutro del vodka lo va reconfortando mientras la mano temblorosa le acerca el vaso a la boca entreabierta, anhelante ante la expectativa del cálido alcohol que se aproxima. Bebe un largo trago que baja como una lengua de fuego por su garganta, acariciándole, besándole, celebrando el nuevo encuentro. Deposita el vaso casi vacío en la pila, apoya las dos manos en la repisa, deja que el sabio alcohol se vaya apoderando lánguidamente de sus sentidos. Primero una breve sensación de euforia que disipa lentamente las brumas de la tristeza que le embarga. Después un suave

alivio del dolor de cabeza que va desapareciendo junto con la ansiedad, con la mortal angustia que le asfixia y la vida que vuelve quedamente, calentando sus venas y la sangre que fluye alegre y saltarina por todos los rincones de su cuerpo.

Se demora bajo el agua de la ducha con las dos manos apoyadas en la pared para evitar el desmayo, la cabeza inclinada, dejando que el agua le acaricie la nuca. Se afeita y el masaje con Tabac, su colonia de siempre, cuyo perfume ya apenas percibe, pero que le hace sentirse donde siempre ha querido estar: en la cocina de su casa de niño, con Felisa trajinando con la cena mientras toma de vez en cuando un suspiro de anís y la tía Patricia escogiendo el vino para su marido, su tío Luis que está a punto de llegar, y Aragón, el fiel airedale terrier que ya presiente la llegada de su dios y corretea nervioso de la cocina a la puerta de la calle. Y su tío que por fin llega, sonriendo, quitándose el abrigo y el sombrero y llenándolo todo de luz y de calor y lo besa, embriagándole con el olor de su colonia y él, recogiendo los cuadernos de los deberes para dejar libre la mesa a los blancos manteles que revolotean alegres y las copas y los platos que suenan cantarines y el olor sabroso de la comida y el temblor de la dulce conversación que les aguarda al calor de la cocina de hierro incandescente por la leña que arde y crepita en su vientre y la nieve que cae mansamente tras los ventanales que dan al jardín. Esos recuerdos le asaltan impertinentes y algo crueles, con la refinada crueldad que tienen todas las cosas que fueron y ya nunca serán.

Se viste con la cuidada elegancia que todavía conserva, que le acompañará siempre. Afuera llueve. Desde los ventanales de la terraza del salón ve caer una fina lluvia sobre los coches que circulan por el paseo de la Castellana y sobre las hojas de los árboles ya doradas por el otoño que van cayendo, acompañando con delicada cortesía a la lluvia en su viaje hacia el suelo.

Abajo en el Tasco le sirven un *dry martini* mientras le preparan una leve tortilla francesa que intenta tragar a pesar de las arcadas que le acometen con cruel persistencia.

Una mujer mustiamente maquillada le mira desde el otro lado de la barra como una pantera mira a su presa. Le parece fácil, bello y castigado, solitario porque come una triste tortilla en la barra de un bar y rico por la ropa que viste. Le sonríe y se acerca y le habla. Una mirada indiferente y cort es como respuesta indican que no hay nada que hacer. El barman, atento y solícito, se acerca, susurr ndole a la dama que está invitada de parte del señor a tomar lo que quiera, aunque rogándole que, por favor, lo deje en paz con su soledad.

Continúa lloviznado cuando sale del Tasco. Como siempre se dirige al Ondarreta en Doctor Fleming, pero antes se para a tomar otro trago en Oliveri. Un trago rápido, casi urgente, que bebe en la barra, mirando caer la lluvia tras las cristaleras de la cafetería. A su lado un norteamericano bastante borracho intenta agarrar a Cristina, la camarera, que lo esquivo hábilmente acostumbrada ya a las insolencias de algunos extranjeros que no saben o no quieren frenar excesos que probablemente en su país no se tomarían con ninguna empleada cuya única misión consiste en servirles lo que piden con toda corrección y la simpatía que cada uno se merezca.

A Luis siempre le han molestado esos tipos, aunque el americano es un cliente habitual que no suele comportarse así. Incluso es muy posible que en alguna ocasión hayan tomado una copa juntos en algún bar de la zona.

La copa le ha sentado bien. Paga con un billete grande. Recoge los billetes de la vuelta, dejando las monedas en el platillo y camina hacia la puerta. Cristina lo mira desde la barra. Es una triste mirada, una yerma mirada. Cristina es una mujer ya madura. Castigada por la vida. Conserva una belleza reposada y austera. La belleza que mantienen algunas mujeres fajadas en la renuncia a los placeres de la vida y que se han refugiado en ellas mismas. Algunas monjas, algunas enfermeras, algunas madres... guardan esa belleza limpia, de cara lavada y mirada tierna. Ausente de cualquier deseo.

Pero el hielo de Cristina se deshace. Se deshizo la primera vez que Luis entr  en la cafetería. Ella quizás no se dio cuenta del todo o quizás

sí. Pero desde aquella tarde, hace ya casi dos meses, ha pensado en él todos los días.

Recuerda cuando le vio la primera vez y todavía era verano. El local lleno de clientes tomando los exquisitos helados de Oliveri. También la terraza estaba repleta. Ninguna mesa libre. Los camareros se movían rápidos y solícitos con los pedidos. Algunos esperaban una mesa libre en el pequeño jardín. Entonces llegó Luis. Lo vio entrar, dedicándole una rápida mirada sin significado. Pero algo la movió a mirarle de nuevo y ya no pudo apartar los ojos de él. Se daba cuenta de que otras mujeres también lo miraban con apetito... pero ella no. Lo que ella sentía no era atracción sexual. Era una inmensa ternura. Un extraño y triste calor. Una compasión. Un deseo urgente de proteger aquella belleza tan frágil, tan desolada. Cuando le vio beber y relacionarse con el alcohol su larga experiencia de camarera confirmó todos sus temores. Quedaba poco. Se apagaba. Se extinguía quemado y consumido por la bebida. Sabía que ella no era nadie para él. Que no podía hacer nada para sacarle de aquello. Se limitó a estar ahí para lo que quisiera. Pensó en hablar con la bella rusa que lo acompañaba algunas veces pero su intuición de mujer le reveló que ella tampoco podía hacer gran cosa, que era una simple marioneta cuyos hilos se habían enredado por un cruel azar alrededor de aquel bello monstruo.

Ahora lo ve salir y perderse en la lluvia. Luis llega a Doctor Fleming. Cruza el pequeño jardín que conduce a la puerta del bar. Aún es pronto y la zona del restaurante está apagada. Solo la barra iluminada por unas lamparitas de mesa y las luces que enfocan los estantes de las botellas que se agrupan en una maravillosa pirámide. El barman se mueve dentro de la barra. Prepara las cosas para la hora de la cena. Las copas de los *martinis*, las aceitunas, las guindas para los cócteles, el limón para los *gin-tonics*. Enfría las copas y los mezcladores. Todo lo necesario para la actividad que a partir de las ocho comenzará a hervir en la barra con la gente que espera la mesa en el restaurante y los que piden el cóctel antes de comenzar la cena. Pero ahora todo es quietud. Solo el doctor

Rodríguez Lobo bebe su coñac en una inmensa copa de balón encaramado en un taburete en un rincón de la barra.

Luis se sienta cerca. Pide un Johnny Walker y espera que el barman le prepare la copa. El doctor saluda a Luis. Es un conocido psiquiatra, especializado en las ciencias ocultas y en investigaciones esotéricas. Tiene un programa de éxito en la televisión, le gusta emborracharse bebiendo lentos sorbos de *brandy* 1866 en la comfortable barra del Ondarreta.

—Acabo de leerlo —comenta, aproximando su taburete al de Luis con un libro en la mano. Es un libro de la editorial Anagrama: *La cara oscura de la vida*. Lo firma Luis Uriel. Es el último libro que ha publicado hace apenas dos meses—. Me has tenido desde ayer a las siete de la tarde hasta hoy por la mañana, devorando las ciento sesenta páginas de este puñal de helada tristeza que se te clava en el corazón.

El doctor Rodríguez Lobo no es una persona vehemente ni expresiva. Es más bien un hombre taciturno y pesimista que se emociona por muy pocas cosas. Luis, que bebe casi todas las noches con él, no le había comentado la publicación de su libro. Lo encontró por pura casualidad en La Casa del Libro y lo compró al reconocer el nombre de su compañero de copas.

—Aunque no me suelo fijar mucho en esas cosas, puedo apreciar la calidad literaria del libro. Pero no es eso lo que me ha enganchado. Como profesional de la psiquiatría nunca me había enfrentado a una descripción tan auténtica de la depresión profunda, ni tan poética. Creo sinceramente que el libro está a la altura del *Idiota* de Dostoievski, del doctor Andrei Efímich, el personaje de Chéjov, o de Bartleby . Pero ¿cómo es posible que después de pasar tantas noches aquí hablando de todo no me hayas dicho nada de tu novela?—. El doctor habla, mira a Luis con una simpatía que no puede ocultar y esgrime el libro como una bandera.

Luis apenas atiende. Le han servida ya su copa y la apura de un ávido trago. Enseguida pide otra con una desvaída seña. El doctor lo observa con desesperanzada tristeza. Lo ve perdido en el estupor, pero como psiquiatra no puede renunciar al poder de la palabra.

—Luis, tu libro expresa con imposible claridad lo que los médicos vemos con impotencia en nuestras consultas. La depresión en su estado más puro. La renuncia de los que han viajado hasta el final y han vuelto y saben que la vida no puede ofrecerles ya nada. Y no quieren vivir porque vivir para ellos es una dura carga que no les compensa. Tu libro expresa la tristeza infinita. Un sentimiento que va mucho más allá de la melancolía, de la pena, del dolor... «No hay dolor como el que se calla», decía Melville en su libro. No, no hay dolor igual. Nada puede compararse al dolor psicológico. Y tu libro describe ese dolor con una conmovedora claridad. Con las palabras justas y precisas que nadie que haya sentido ese dolor ha sabido contarle hasta que lo has hecho tú. Quizás Melville en *El escribiente* lo esbozó, nos lo hizo sufrir al proyectarnos su personaje que era un ejemplo del dolor absoluto, de la renuncia total. Pero tú en el libro lo describes con la minuciosa precisión de un artesano.

—Este libro —dice el doctor enarbolando el libro por encima de su cabeza— debe convertirse en libro de texto en todas las facultades de psiquiatría...

En ese momento aparece Axinia, rubia y bella con sus pasos elásticos de bailarina. Hoy ha terminado un poco antes su trabajo en el teatro. Ha estado buscando a Luis por los bares donde suele parar. Al final lo encuentra, un gesto de alivio se dibuja en su rostro cuando lo ve en compañía del doctor Rodríguez.

Axinia es una de las bailarinas estelares del Ballet Bolshoi. Conoció a Luis cuando actuó con el Ballet en el Teatro Nacional de Praga. Se enamoró y le siguió hasta Madrid. Llevan poco más de dos meses juntos. Ella ya no es joven, se acerca a los cuarenta, aunque conserva esa delicada belleza debida a la disciplina que imprime el *ballet* en el rostro y en el cuerpo. Todo en ella, sus gestos, su forma de andar, los movimientos de su cuerpo, todo irradia una suave elegancia.

En Madrid comenzó a dar clases en una academia de *ballet* con inusitada modestia en una diva como ella, pero enseguida fue identificada y solicitada en el Ballet Nacional de España como colaboradora. Ahora

regresa de un ensayo, apresurada, intranquila... aunque, como venía pensando en el taxi, desde que conoció a Luis no ha podido librarse de esa inquietud, de ese angustioso miedo a que le pase algo.

Axinia besa al doctor y restriega su brazo contra el de Luis con un suave y complaciente gesto felino. El doctor pasa a hablar en francés, conoedor de que la chica aún no puede entender el español.

—Hablamos del libro de Luis —comenta entusiasmado—, supongo que ya lo habrás leído.

Axinia asiente con un simpático movimiento de cabeza que quiere expresar que no solo lo ha leído, sino que lo ha devorado, que lo ha aprendido de memoria, que piensa en los personajes e intenta buscar en ellos algo que explique a su amado.

—Le digo que es uno de los mejores casos prácticos sobre la depresión que he leído —comenta con cierta pasión el doctor— y, además, es que está muy bien escrito. ¿Lo has leído en francés? ¿Es que ya está traducido?

—Sí, lo publicaron en francés y en inglés al mismo tiempo que salía la edición en español —contesta Axinia mirando preocupada a Luis que está apoyado sobre la barra, inmóvil, mirando el fondo de su vaso con un raro estupor.

El doctor también advierte la actitud de Luis. Se levanta del taburete con increíble agilidad para su voluminoso cuerpo. Enseguida comprueba las pulsaciones e intenta reanimarlo. Luis vuelve en sí, sacudiendo un poco la cabeza como si despertase de un pesado sueño.

—Es hora de ir a casa —le ruega Axinia, acariciándole el rostro con un suave gesto de su mano. Un gesto lleno de dulzura y de amor.

Luis no protesta. En realidad nunca protesta. Se pone en pie y se dirige hacia la puerta escoltado por Axinia y el doctor. Camina erguido, con sus característicos pasos tan parecidos a los de Henry Fonda. Lleva la mirada un poco perdida en un punto del infinito que solo él puede ver. Todo en él denota una rara apatía, una melancólica indiferencia que preocupa al doctor.

En el restaurante las luces del comedor se han encendido. Algunos clientes ya están sentados a sus mesas, otros toman un cóctel en la barra antes de ocupar su puesto, y otros están entrando y esperan en el guardarropa a que les cuelguen sus abrigos. Todo tiene el mismo aspecto elegante y animado de siempre.

En la calle continua la llovizna. El doctor les acompaña hasta el portal de su edificio.

—Procura que no beba más —le pide a Axinia en un susurro—, que se acueste cuanto antes y vigila su sueño. Si ocurre algo no dudes en llamarme.

El doctor deja su tarjeta en la mano de Axinia y se despide perdiéndose en la húmeda noche.

En el apartamento, Luis ejecuta los movimientos de siempre: una larga ducha de agua muy caliente, un buen cepillado de dientes, la camiseta limpia y el pantalón del pijama, un masaje de Tabac, su colonia de toda la vida. Después se acerca a la cocina. Axinia está calentando algo en el fuego.

—Estoy preparando la cena —le dice volviéndose sonriendo al sentir su presencia en el umbral de la puerta—. ¿Quieres que te haga algo, un poco de sopa, una ensalada?

Luis no contesta, solo se acerca a ella y la abraza por la cintura, acaricia levemente con las yemas de los dedos el bello rostro de la mujer. Ella se vuelve del todo y aprieta contra su mejilla la mano cálida de él. Es un bello gesto de amor, de humilde aceptación de la caricia, de correspondencia.

Él se va, atraviesa el salón iluminado y entra en el dormitorio en penumbra. Se acuesta en la enorme cama y cae en un profundo pero inquieto sueño.

Axinia coloca en una bandeja una taza de humeante sopa de verduras, unos canapés abiertos de salmón con tomate y eneldo, un yogur y una copa de vino blanco frío y se sienta en el sofá, frente al televisor. Se encuentra bien en ese momento. Todos los temores del día desaparecen con la puerta del apartamento ya cerrada, sentada en el cómodo sofá,



escuchando la respiración de Luis, agitada, irregular, que se oye desde el dormitorio. Pero aun así el mero hecho de oírle respirar la tranquiliza, le transmite una grata sensación de paz en aquel salón, cálidamente iluminado y con los ventanales que dejan ver la llovizna que cae en la noche sobre la Castellana, sobre ese íntimo, amistoso, querido Madrid...